

SCOPPIO

aparecen ahora más recoletos y solitarios que nunca, privados del nutrido contingente de alumnos. Pero pasado el verano, allí volverán. Mientras tanto, la Ciudad desgrana sus horas y el motivo juvenil es hoy recuerdo grato que nos ha complacido destacar en estas notas.

Fidemar

LOS CUENTOS DE FIN DE MES

RICARDO, CUBO DE BASURA

Desde mi habitación se oían los gritos. Una discusión tremenda de vecinos. Cada dos por tres nos obsequian con estas escenas.

La madre, realmente no se puede aguantar. Sufre del hígado y tiene siempre un humor de mil diablos. Un humor que ella trata de descargar sobre alguna parte. Pero, como además de malhumorada es cobarde, siempre lo descarga en el mismo sitio. En el seno familiar. Un día es el padre, otro la hija y casi siempre el hijo.

El hijo es un individuo con propensión al linfatismo, calmoso en el hablar, desmayado cuando anda, regularmente burlón, introvertido y tímido. Pero de estos tímidos con algo de sangre en su temperamento que a veces se rebela alcanzando los tonos más agudos del diapason. Digamos que con estas características, Ricardo, que así se llama, reúne inmejorables condiciones para vertedero del mal humor materno. Una calma y pachorra prolongadas que permiten que aquella basura temperamental se vacía por completo, y una reacción airada, desproporcionada, final, que permite a la madre ponerse las manos en la cabeza, llamarle mal hijo y hacerse la víctima no sólo ante los demás — que al fin y al ca-

bo ya la tienen catalogada sino consigo misma, lo pue es muchísimo mejor ya que le tolera no arrepentirse de la escena que ella ha provocado; dejándole, de paso, la puerta abierta para su próxima repetición.

Con esta pinta de mujer desquiciada se está jugando Ricardo su tranquilidad de espíritu con harta frecuencia. A veces se le ve al pobre muchacho mascullando palabrotas por la calle y moviendo los brazos torpemente, como si espantara las moscas.

El pobre Ricardo no ha catalogado todavía a su madre y está desorientado. Algunas veces cree que ella le odia. ¡Qué te va a odiar, Ricardo, qué te va a odiar! Si tú murieses te lloraría con el más grande de los desconsuelos, no por ser madre solamente, sino porque sin tí, ¿cómo aplacaría sus nervios?

Tu padre no le hace tanto servicio como tú. El suelta un par de blasfemias y se queda fresco, y si alguna vez tu madre ha intentado liarle con la telaraña de sus razones incoherentes no se ha quedado extático luego de las dos blasfemias, sino que a roto alguna olla y esto ha desarmado a tu madre que es naturalmente avara como así nos lo dijo Alfonso X el Sabio. «Las mujeres sont naturalmente avariciosas et cobdiciosas» la ha desarmado y ha hinchado más el saco de sus malos humores que entonces han buscado «el bendito camino de Ricardo».

Ni tu hermana le hace tanto servicio como tú. Ella se pone a llorar y esto exaspera a tu madre y luego la llena de remordimientos.

Tú, Ricardo, tú eres el único que callas y tomas en serio los argumentos de tu madre. Tú te pasas luego horas y horas pensando en que podías decirle esto y no se lo has dicho y la hubieras hecho callar; y no adviertes, ¡pobre Ricardo! que digas lo que digas, tu madre siempre tendrá argumentos para discutir porque ella los busca como sea y dónde sean. Ella es de estas personas que tienen la tan extendida virtud de convertir los más nimios problemas en complicadas cuestiones de gran radio de acción que se meten en hechos pasados, liquidados ya, y en posibles sucesos futuros que todavía no se sabe si vendrán.

Tu madre sobre un supuesto inverosímil que te perjudica a tí, ¡pobre Ricardo!, levanta todo un castillo de improperios. Si le atacas el supuesto te llama mal hijo, aunque no venga a cuento, y si te revuelves contra este calificativo que te ha pillado de sorpresa, entonces se bañará en agua de rosas sacando a colación hechos pasados, ciertos o no,

que demuestran palpablemente que eres efectivamente un mal hijo. Es inútil que intentes desviar la conversación. Con la escoba de esta lengua con la que la sabia naturaleza ha privilegiado a tu madre, irá levantando el polvo de este cartucho de los recuerdos y trazará con él las figuras que quiera, ciertas y no ciertas, remontándolas, mientras tú discutas, hasta los tiempos más primerizos de tu infancia, tal vez hasta antes de nacer, en que ya demostrabas ser un mal hijo.

Con mujeres así, Ricardo, no hay más recurso que el de una tranca. Tranca. Tranquilidad. Tranquilidad viene de tranca, Ricardo. Yo no puedo aconsejarte que le pegues a tu madre. No. Esto no estaría bien, Ricardo. Es una enfermedad, es tu madre y debes soportarla. Pero, ¡hazte con esta idea!. Imagínate que has nacido con joroba y que esta joroba es tu madre que te está jorobando. Y como un corcovado filósofo que, hecho a su corcova, aun se consuela pensando que ella le traerá suerte, piensa tú también que una madre así quizá logrará con el tiempo quitarte toda esa horchata que llevas en las venas y hacer de tí un hombre de provecho, un hombre activo, un triunfador de los de ahora, sin pizca de moral, sin lógica y sin palabra bien dicha de ninguna especie. Una víbora de las que corren por estos mundos entregados al hampa y que no siempre ha nacido con esta ponzoña que reparte sino que ha ido elaborándola en sus contactos, en sus topetazos con el yunque de la realidad.

Hoy la discusión con tu madre me ha despertado. He tenido cierta alegría al ver que cada día lo haces mejor. He oído que soltabas tres o cuatro mentiras tan inverosímiles como las de ella y que hablabas aunque ella hablara, lo que difundía en el aire de la calle un dúo de palabras muy estruendoso. ¡Bravo, Ricardo!

Grita, discute, invoca lo primero que te venga a la lengua, aunque tu cerebro no lo haya depurado; y no dejes que el otro hable. Esta es la moda del mundo actual.

Y si luego sabes andar por la calle sin mascullar palabrotas y sin mover los brazos torpemente como si espantaras las moscas, ¡albricias, Ricardo! Te auguro un gran porvenir.

Y todo se lo deberás a tu madre.

Antonio Miralles Manresa